

FIDE Coyuntura y Desarrollo

Abeles Arceo Bresser-Pereira
Burgos Canelo Cassini
Castellani Esquivel García
Ghosh Hurtado Kregel
Lampa Laplane Lavarello
Marcó del Pont Musacchio
Palley Porta Robert Shaikh
Souza Tomada Tussie Vernengo



El desarrollo en tiempos de neoliberalismo

Andrés Musacchio

Los viejos modelos de desarrollo

La teoría del desarrollo tuvo sus años de gloria en las décadas de 1950 y 1960. Diferentes aproximaciones, como el Cepalismo, la teoría de la dependencia o el marxismo, así como teorías específicas de movimientos nacionales como el desarrollismo de Frigerio y Frondizi en la Argentina, intentaron aprehender –generando formidables polémicas– un fenómeno que atribuían a las características del vínculo entre un conjunto de países desarrollados y otro de subdesarrollados. Ese vínculo, apuntaban, ampliaba la brecha entre ambos grupos¹. En efecto, acentuando cuestiones distintas, las corrientes “desarrollistas” coincidían en afirmar que el nudo gordiano del problema se encontraba en la relación entre los dos polos, que impedía en uno de ellos el desarrollo de sus fuerzas productivas, mientras lo potenciaba en el otro. Surgieron así conceptos dialécticos como desarrollo-subdesarrollo, centro-periferia, dependencia-independencia o burgonaciones-países proletarios, que intentaban rotular y caracterizar esa inserción internacional diferenciada y simultáneamente articulada.

Ya fuera por la apropiación desigual del progreso técnico, la evolución de la relación de precios entre materia primas y productos industriales, el intercambio desigual (y la polémica en torno a sus determi-

nantes²), la acción de los monopolios o los factores políticos y sociales que operaban junto a los económicos, se recortaba la idea de que, casi imperceptiblemente, el comercio ayudaba a transferir una parte no despreciable de la riqueza (trabajo y recursos) generada en el polo subdesarrollado hacia el polo desarrollado. De esa manera, generaba en los primeros una acumulación de capital insuficiente, que se manifestaba en bajas tasas de ahorro, bloqueando la inversión.

La clave de la cuestión debía buscarse en la ausencia total o parcial de tejidos industriales en los países subdesarrollados. Reconociendo el proceso de industrialización que varios países subdesarrollados habían tenido al menos desde la crisis de 1929, el problema se atribuía a los déficits en algunas ramas específicas, que un economista francés bautizó genialmente “*industrias industrializantes*” (De Bernis, 1971) y que otros denominaran eufemísticamente “*casilleros vacíos de la matriz insumo-producto*”. Si no era indiferente producir acero o caramelos, si algunas industrias tenían mayor importancia que otras en un proceso de desarrollo, debía estimularse una industrialización planificada y selectiva, con políticas activas que modelaran nuevas estructuras productivas. El debate estaba, claro, profundamente influido por la estrategia de industrialización de la Unión Soviética, por entonces

más dinámica que los países capitalistas desarrollados, incluso cuando éstos estaban en su “edad dorada”.

La cuestión no era sólo técnica. Tanto una fracción del capital externo como algunos grupos locales se beneficiaban y sostenían decididamente el vínculo. El desarrollo demandaba entonces una decidida acción política. Y, en ese marco, algunos grupos económicos externos e internos también podían beneficiarse con un proceso de desarrollo, gestando una constelación política que sostuviera el nuevo rumbo. Especial interés revestía en ese punto la controvertida idea de suplir con ahorro externo la falta de capital local. Así, recurrir a la inversión extranjera en las industrias industrializantes podía tener un efecto liberador, al tiempo que aceleraba la transición del desarrollo al subdesarrollo, idea sostenida incluso por algunos marxistas locales que evocaban políticas aplicadas por Lenin (Real, 1968). La polémica sobre los beneficios y los problemas de recurrir al capital extranjero para suplir la falta de ahorro interno en las primeras etapas del desarrollo era una de las más encarnizadas de la época³.

El mundo y las ideas, en transformación

Varios cambios modificaron el eje de los debates del desarrollo a partir de la década de 1980. En primer lugar, los modelos de industrialización en los países desarrollados atravesaron una profunda crisis. Los problemas parecían no hacer distinción de clase, pues afectaban tanto al mundo capitalista como al socialista. La diferencia entre uno y otro sistema en su capacidad para trasladar los efectos de la crisis hacia los sectores sociales más débiles y hacia la periferia implicó una transformación radical en el mundo capitalista y el derrumbe del mundo socialista. El desmoronamiento del bloque soviético, incluso, le permitió al mundo capitalista desarrollado contar con nuevas herramientas para sortear la crisis: con el fin de la Guerra Fría era estratégicamente viable el deterioro de la calidad de vida en los países de la frontera frente al socialismo, puesto que ya no era necesario disuadir la proliferación de ideas socialistas. Además, se incorporaba una amplia periferia a expropiar y articular. Finalmente, un importante salto tecnológico se encadenaba con una

reestructuración productiva, que conduciría al neoliberalismo.

La crisis también golpeó a los países subdesarrollados, especialmente para quienes habían practicado una sustitución de importaciones. Esto impulsó la lectura política de que el modelo de desarrollo sustitutivo había fracasado, debido a la ausencia de exportaciones y a la debilidad de los mecanismos de mercado. Comparativamente, se ensalzaba el ejemplo de los países asiáticos integrados al mundo, omitiendo prolijamente que allí tampoco había mecanismos de mercado y que la estabilidad política (otro de los factores a los que se atribuía el éxito) se apoyaba en feroces dictaduras. Rara vez se indicaba el rol estratégico que esos países jugaban en la confrontación con el último bastión socialista, China.

Con el fin de la Guerra Fría era estratégicamente viable el deterioro de la calidad de vida en los países de la frontera frente al socialismo, puesto que ya no era necesario disuadir la proliferación de ideas socialistas.

Otro cambio de magnitud fue la transformación en las relaciones de fuerza al interior del capital. El liderazgo que el sector industrial había reconquistado luego de la larga crisis de los años ‘30 se disolvía con la crisis. Mientras tanto, recobraba fuerzas el sector financiero, que comenzó a marcar el tono del proceso económico⁴. La acumulación financiera desplazaba a la productiva como factor para la determinación de las condiciones generales de la acumulación (cf., p. ej., Lapavistas, 2013), lo que, de todos modos, no implicaba la desaparición de la última, como veremos en seguida.

La crisis también se proyectó al mundo de las ideas. Eso no era casual. Solamente algunos desprevenidos creen que en las ciencias sociales los debates son completamente abstractos y recogen la evolución de ideas neutrales y con pretensión de leyes atemporales. La teoría del desarrollo también sufrió una importante transformación. Más y más, el eje central fue ocupado por problemas tales como la capacidad institucional,

el desarrollo microeconómico, la distribución nacional del ingreso, la corrupción, la libertad o la adecuada asignación de recursos. Con obras como la de Sen (1999) o Todaro/Smith (2006), entre otras, la inserción internacional como explicación del problema del subdesarrollo fue corriéndose a un discreto segundo plano, abriendo paso a explicaciones comparativas sobre procesos nacionales internos y sobre las formas en que cada país decide integrarse al mundo. ¿El problema había dejado de existir, había perdido relevancia o se trataba de un error de interpretación?

Se ensalzaba el ejemplo de los países asiáticos integrados al mundo, omitiendo prolijamente que allí tampoco había mecanismos de mercado y que la estabilidad política (otro de los factores a los que se atribuía el éxito) se apoyaba en feroces dictaduras.

El neoliberalismo y sus formas

En otro trabajo (Musacchio, 2013) caracterizamos el modelo neoliberal que toma forma en los años '70 y se impone sobre todo con los programas económicos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Lo definíamos, en prieta síntesis, a partir de las tres dimensiones que Lipietz (1997) propone para estudiar el fordismo. Desde el punto de vista de la *organización del proceso de trabajo*, el neoliberalismo recoge los cambios tecnológicos liderados por la microelectrónica, que permiten una deslocalización parcial de los procesos productivos, una tercerización de parte de los servicios y una creciente precarización e informalización de la relación salarial. Como *estructura macroeconómica*, rompe con el vínculo entre crecimiento de la productividad, salario y norma de consumo típicos del fordismo. La imposición de series cortas de producción en algunas ramas clave, sumada a la aceleración de la obsolescencia de los productos y a una orientación crecientemente exportadora de los grandes consorcios multinacionales, se articula con una distribución del ingreso cada vez más polarizada. Por eso se asocia a una endémica debilidad en la demanda, que disminuye la tasa global de crecimiento y gesta permanen-

temente burbujas y crisis. Así, se genera una baja tasa de inversión en capital fijo y deriva una parte importante del excedente al mercado financiero. Como *sistema de reglas*, combina una potente ofensiva desreguladora en el comercio internacional, en el sector financiero y en el mercado de trabajo, con una mayor regulación en materia de propiedad privada, derechos de propiedad intelectual y patentes, extendiéndolos a la naturaleza y el conocimiento. También el rol del Estado se modifica sustancialmente, con el desmonte del Estado de Bienestar, reemplazarlo por un Estado Competitivo de tipo "Workfare State".

El neoliberalismo, como modelo, puede sintetizarse pues como una combinación de varios elementos, de la cual emerge su originalidad: a) deviene de un conjunto de reflexiones teóricas radicales, opuestas al "saber" keynesiano, con poco sustento empírico y claras implicancias de política económica; b) se apoya sobre un conjunto de innovaciones tecnológicas y organizacionales que modifican las características de la estructura productiva; c) reposa sobre una nueva articulación entre las diferentes fracciones del capital, en especial entre el productivo y el financiero, pero también entre las pequeñas empresas y los grandes conglomerados; d) reordena las funciones y características de los distintos niveles geográficos de las instituciones, así como sus articulaciones.

Sin embargo, esas características generales no agotan el espectro, pues admiten una variabilidad significativa, que permite tipificar submodelos con marcadas especificidades. Una primera clasificación apunta a una diferenciación en la importancia del sector financiero y del sector productivo-exportador. Es que, aunque la lógica financiera lo impregna todo, no siempre es el núcleo dinámico de la acumulación. Así, se forma un conjunto de variantes con un anclaje más productivo, con fuerte dinámica exportadora, que llamaremos neomercantilista. En otros países, en cambio, predomina una variante en la cual la financiarización es efectivamente el núcleo del proceso de acumulación.

En ambos casos es posible distinguir países en los cuales el proceso de acumulación está autocentrado, determinado en el propio interior, comandando la extraversión que se produce tanto en las relaciones co-

merciales como en las financieras. En otros casos, en cambio, se da una adopción pasiva del modelo: las estructuras productivas y financieras se moldean a partir de las características que le imprime ese vínculo con el exterior. Tenemos así cuatro variantes, que podríamos llamar neomercantilismo central, neomercantilismo periférico (virtualmente economías de enclave), régimen financiarizado central y régimen financiarizado periférico⁵.

Especial atención merecen la primera y la última forma, pues condensan una de las variantes más típicas de la relación desarrollo-subdesarrollo actuales, que devuelven actualidad a las preguntas que la teoría del desarrollo se planteaba hace décadas, aunque imprimiéndoles una impronta particular.

La expansión de los países neomercantilistas centrales (especialmente de países como Alemania u Holanda) se sustenta desde los años '80 en la fuerte expansión exportadora. Las exportaciones reemplazan un mercado interno en contracción por la distribución regresiva del ingreso, pero a su vez obligan a un permanente incremento de la competitividad que, nuevamente, presiona sobre los salarios y las condiciones de trabajo. La conquista de mercados se complementa con una demanda interna débil, que también restringe las importaciones. La depresión de la demanda y las políticas monetarias duras derivan en tasas de inflación comparativamente bajas que tienden a mantener monedas devaluadas. La consecuencia de ello es la formación de crecientes superávits comerciales y de cuenta corriente, que se acumulan en forma de reservas. Bajo esas condiciones, las tasas de inversión son insuficientes para absorber todo el excedente, derivando una parte al mercado financiero. Eso explica el paradójico cuadro de altas ganancias, baja tasa de inversión y liquidez financiera en economías que, de todas formas, son modeladas y conducidas por las actividades productivas.

Precisamente la fortaleza del sector productivo, que se apoya en el dominio de los procesos nodales, de las ramas más dinámicas, de los segmentos determinantes, les permite imponer de manera abierta (por ejemplo, con acuerdos de librecomercio) o algo más sutil (como procesos de integración mucho más complejos) un modelado de las relaciones económicas internacio-

nales que los consolida como centros de producción industrial. Incluso, suelen imponer restricciones comerciales en aquellas actividades en las que no gozan de posiciones dominantes, especialmente en el sector agropecuario.

Las exportaciones reemplazan un mercado interno en contracción por la distribución regresiva del ingreso, pero a su vez obligan a un permanente incremento de la competitividad que, nuevamente, presiona sobre los salarios y las condiciones de trabajo.

La contracara del proceso ocurre en los países en los que se impone una forma periférica de financiarización. Se trata, en general, de países subdesarrollados que arrastran un largo proceso de deterioro de sus cuentas externas y, por razones económicas y/o estratégicas, se acoplan casi en espejo a las redes que tejen los países neomercantilistas centrales. Generalmente, la condición para ese acople es un "manejo" de políticas que comprenden la apertura comercial, la liberalización financiera y la adopción de un régimen monetario que resigna su soberanía, ya sea con la adopción de esquemas de tipo de cambio fijo, de regímenes de convertibilidad o, directamente, de una moneda no nacional. Los ejemplos abundan y van desde la Argentina de la convertibilidad o el Ecuador dolarizado hasta Portugal o España en la Eurozona. Bajo esas líneas directrices, estos países pierden buena parte de los instrumentos de política económica, proceso que se agrava con la habitual obligación de una drástica austeridad fiscal. Generalmente impuestos en países con alta inflación, estos regímenes tienen como objetivo declarado la estabilización monetaria. Sin embargo, dan lugar a un fenómeno curioso (aunque absolutamente endógeno, según Musacchio, 2012) de una inflación persistente, al menos por un tiempo, y concentrada en el sector de los servicios, especialmente públicos. Los bienes transables, en cambio, son disciplinados por la apertura, de manera que la inflación provoca un cambio en la estructura de precios relativos entre transables y no-transables, cuyo efecto es un retraso cambiario. Los bienes transables pierden competitividad y son desplazados en los mercados

internos por las importaciones. Sólo suelen resistir aquellos transables que se sostienen en la explotación indiscriminada de recursos naturales o en la pauperización de los trabajadores, pero su magnitud rara vez permite eludir un déficit comercial estructural sin inducir profundas depresiones.

La contracara del proceso ocurre en los países en los que se impone una forma periférica de financiarización. Son países subdesarrollados que arrastran un largo proceso de deterioro de sus cuentas externas y, por razones económicas y/o estratégicas, se acoplan casi en espejo a las redes que tejen los países neomercantilistas centrales. La condición para ese acople es un “manejo” de políticas que comprenden la apertura comercial, la liberalización financiera y la adopción de un régimen monetario que resigna su soberanía.

La articulación queda a esta altura muy clara: los países neomercantilistas avanzan en la colocación de sus excedentes y logran enormes superávits comerciales. Mientras tanto, los países que sufren la financiarización periférica tienen recurrentes déficits, financiados por endeudamiento o ingreso de capitales financieros que se colocan en nichos específicos como el sector inmobiliario, la banca, los seguros o los servicios públicos. Es así que el capital financiero externo modela de manera directa o por medio de socios locales la estructura económica del segundo bloque, imbricándolo en una madeja de relaciones internacionales fuertemente asimétrica y desequilibrada⁶.

No es difícil leer a partir de esa trama la “predisposición” del modelo a crisis cíclicas. Las fases de expansión dependen de la permanente inyección de liquidez en los países financiarizados periféricos, de modo que puedan sostener sus déficits comerciales y, paulatinamente, también en cuenta corriente. La expansión del capital financiero es allí una pieza clave, sobre todo, cuando la inversión directa en el exterior de los países excedentarios juega un rol cuantitativamente secundario, como en el caso ejemplar de Alemania

(Musacchio, 2018). Tal proceso puede observarse, por ejemplo, en diferentes regiones entre principios de la década de 1990 y 1998, o desde 2002 y 2008. Sin embargo, la acumulación de deudas, las crecientes dificultades para manejar los déficits y las consecuencias de un proceso de financiarización global que se separa cíclicamente de las más limitadas posibilidades de expansión del sector productivo han dado paso a brutales crisis internacionales, en las que el capital financiero retorna súbitamente a su país de origen, asistido estratégicamente por el Estado del mismo⁷. Los países financiarizados se ven confrontados entonces a drásticos ajustes, por medio de recortes del gasto público, reducciones de la demanda, desmantelamiento de programas sociales y privatizaciones, para ajustar sus déficits. La necesidad de equilibrar las cuentas corrientes obliga, entonces, a sus socios desarrollados a una reestructuración que suele combinar una transitoria mejora en la distribución interna del ingreso, programas estatales de reconversión productiva y expansión de la infraestructura y, especialmente, el tejido de nuevas tramas de relaciones económicas internacionales que les permitan (re)conquistar mercados en reemplazo de los agotados. Es por eso que, mientras países como España, Grecia o Portugal, por ejemplo, tuvieron que transformar sus déficits en cuenta corriente en superávits con un enorme costo social, Alemania mantuvo su carácter superavitario. De la misma manera ocurrió con los países del Mercosur y sus socios, luego de la crisis de 1998. El caso de la Sudamérica de hoy muestra que, a largo plazo, la digestión de los ajustes permite reeditar el viejo entramado de vínculos y dar lugar a un nuevo ciclo de subordinación y crisis.

Neoliberalismo y subdesarrollo

La articulación de la relación desarrollo-subdesarrollo es, pues, bien clara en la época neoliberal. El débil desarrollo de las fuerzas productivas de los países subdesarrollados no se origina solamente en problemas de gestión, de política o de capacidades internas de cada país, sino en una trayectoria en la que la articulación a los países desarrollados resulta determinante. Las características del vínculo tienden a autopropetarse, pues el eje del vínculo tiene como componente fundamental en ambas etapas del ciclo

una transferencia neta permanente de riquezas de un polo al otro.

Por supuesto, muchos de los viejos factores continúan jugando un papel significativo. La transferencia de valor por la vía del intercambio desigual, por ejemplo, no se ha modificado en lo sustancial. Lo que, sin embargo, se ha vuelto más visible es una transferencia directa de riqueza intrínseca en la nueva forma de inserción internacional. La “economía” de la deuda lleva consigo una carga de intereses que suele crecer sistemáticamente a medida que la deuda crece, que las tasas de interés se incrementan y que una parte del servicio se capitaliza. El desarrollo de una economía financiarizada genera enormes excedentes en las etapas de expansión de la burbuja (por negocios en el sector financiero, en el inmobiliario o en la transferencia de empresas) que no se aplican a la actividad productiva. El desarrollo de servicios públicos, privados o de actividades productivas con ganancias extraordinarias suele generar excedentes que superan holgadamente la necesidad y las posibilidades de reinversión. De manera continua o espasmódica, los intereses de la deuda, las ganancias financieras o las superganancias productivas son remitidos al exterior, provocando serios problemas en la cuenta corriente del balance de pagos.

Tampoco la cuenta capital se encuentra libre de tensiones, pues, de manera espasmódica (generalmente en las etapas de crisis), los capitales financieros o productivos retornan a sus países de origen. A ese flujo irregular suele añadirse un flujo regular de capital-dinero de las élites locales. Una combinación de tres factores, cuya ponderación es propia de cada país y de su trayectoria socio-histórica, genera un continuo drenaje de divisas. La concepción rentística que suelen tener algunas elites de los países subdesarrollados, las ganancias extraordinarias de actividades productivas tradicionales y la falta de perspectivas suficientes de inversión sustentable y de largo plazo en actividades productivas suelen plasmarse en una fuga de capitales hacia el exterior. Así, a la remisión de las ganancias y capitales extranjeros, se le agrega la fuga, que en algunos países es, incluso, mayor que las salidas de capitales externos.

Un elemento particular de la acumulación financiera

es que se produce en una actividad que, *per se*, no genera riqueza. La asociación con las actividades productivas le permite apropiarse en el proceso de circulación de una parte del valor creado en la producción. Pero cuando las actividades financieras no se vinculan a las productivas, sino que se aplican a actividades que conforman burbujas especulativas, nos ponen de cara a procesos de suma cero: sus ganancias condensan la apropiación de riqueza de otros sectores de la población. Aquí es donde los programas de ajuste fiscal, los regímenes impositivos regresivos, los recortes al Estado de Bienestar, los recortes a los sistemas de jubilaciones y pensiones, las privatizaciones y los procesos de distribución regresiva del ingreso gestan un dispositivo de transferencia intersectorial de riqueza que, en parte, sostiene la fuga de recursos. No resulta extraño que este tipo de ajustes sea especialmente intenso en los momentos de crisis, en los momentos de realización de las ganancias financieras y de las fugas de capitales. En última instancia, se trata de una descarga de la crisis sobre los sectores más débiles de la población.

Los programas de ajuste fiscal, los regímenes impositivos regresivos, los recortes al Estado de bienestar, los recortes a los sistemas de jubilaciones y pensiones, las privatizaciones y los procesos de distribución regresiva del ingreso gestan un dispositivo de transferencia intersectorial de riqueza que, en parte, sostiene la fuga de recursos.

Por lo tanto, en la etapa neoliberal las transferencias de recursos desde los países subdesarrollados a los desarrollados se intensifican en relación a etapas anteriores. En particular, las formas directas, los flujos en forma de divisas, cobran una intensidad mayor que en el pasado. De allí que caracterizar el problema del subdesarrollo exclusivamente como una insuficiente capacidad de ahorro no resulta hoy adecuado. Especialmente para los países de “desarrollo intermedio” o “semiperiféricos” (es decir, aquéllos que, a pesar de sus estructuras subdesarrolladas, han logrado un proceso algo más intenso de acumulación interna, con tejidos productivas más complejos), el foco se ha

corrido hacia la retención interna del ahorro, hacia la retención de los recursos generados internamente y que no toman la forma de consumo.

Una política de desarrollo comienza hoy por impulsar que los recursos generados por la sociedad se canalicen hacia la acumulación productiva. El control del excedente se torna vital para sustentar el proceso de acumulación. Luego, por supuesto, debe avanzarse en una asignación planificada del excedente. La importancia estratégica de algunas ramas específicas de la producción, así como de la ciencia y la tecnología, continúan siendo las llaves maestras de la necesaria transformación estructural.

Una política de desarrollo comienza hoy por impulsar un marco de condiciones para que los recursos generados por la sociedad se canalicen hacia la acumulación productiva. Si, justamente, esos recursos se drenan hacia el exterior, el primer paso de una política de desarrollo es la revisión drástica de la liberalización financiera. El control del excedente se torna vital para sustentar el proceso de acumulación. Escapar de la financiarización, romper con el cordón financiero con el exterior y cuestionar uno de los ejes articuladores principales del neoliberalismo es el basamento de

una política de desarrollo actual. Luego, por supuesto, debe avanzarse en una asignación planificada del excedente. La importancia estratégica de algunas ramas específicas de la producción, así como de la ciencia y la tecnología, continúan siendo las llaves maestras de la necesaria transformación estructural.

La reversión de la liberalización financiera tiene una función adicional en la ruptura de las pautas neoliberales: permite recuperar instrumentos clave de las políticas monetaria y fiscal que, por ende, refuerzan la autonomía en la fijación de objetivos de las políticas económica, estructural y social. Recién en ese punto es posible discutir las formas de los vínculos con el exterior. No escapará al lector que en nuestra perspectiva son las características de las políticas nacionales las que deben definir las formas de la inserción internacional, y no a la inversa. Ese es, probablemente, el indicador más claro de que se ha comenzado a transitar el camino del desarrollo. Tampoco sorprenderá al lector que una política de desarrollo no es un problema técnico. El desarrollo de las fuerzas productivas implica también cambios drásticos en el conjunto de las relaciones sociales, pues el modelaje externo de las estructuras locales sólo es posible articulándose a las élites internas, alianza que es necesario disolver para avanzar en la transformación estructural. En eso, es poco lo que ha cambiado desde mediados del siglo veinte. El desarrollo sigue siendo, en lo fundamental, un desafío político. □

Notas

1. No avanzaremos en un análisis detallado. El lector interesado puede recurrir a fuentes clásicas, como Prebisch (1964); Frigerio (1963); Dos Santos (2000); Kay (1991).
2. Cf., p. ej., Emmanuel (1972) y Amin et Al. (1990).
3. No obstante, quienes defendían la necesidad de recurrir al capital extranjero no negaban la necesidad simultánea de movilizar los recursos internos y la acción decidida del Estado en el proceso. El capital extranjero era, en ese contexto, un complemento. El ejemplo fue, seguramente, la política petrolera de Frondizi. Aún cuando se abría la exploración y explotación al capital foráneo, se fortalecía y multiplicaba la capacidad productiva de la estatal YPF, de modo que a cuatro años de iniciada la estrategia, la producción de las empresas extranjeras era tan alta como el incremento de la producción de YPF en el mismo período (cf. Rapoport et Al., 2005).

4. Cf., por ejemplo, Musacchio (2011) y la literatura allí citada.
5. Hemos analizado en detalle las diferentes formas en Musacchio (2018). Señalemos que las variantes neomercantilista o financierizada rara vez se presentan de manera “pura”. En general, una de ellas suele imponerse, en el marco de una tensión que se agudiza en momentos clave, como muestra la Argentina de 1990 o de 2002 (cf. Rapoport et al., 2005).
6. La literatura al respecto es abundante. Como ejemplos, cf. Reis (2018); Musacchio
7. El ejemplo paradigmático es la negociación de la crisis griega, de cuyos acuerdos se estructura la ayuda externa al gobierno griego, que permite estatizar buena parte de la deuda y disponer de las divisas necesarias para que los bancos extranjeros salgan ordenadamente del país (cf. p. ej., Kassimatis, 2018). Nada nuevo bajo el sol argentino.

Referencias

- Alvarez Peralta, Ignacio, Luengo, Fernando Y Uxó, Jorge (2013), *Fracturas y crisis en Europa*. Eudeba. Buenos Aires.
- Amin, Samir, Bettelheim, Charles, Emmanuel, Arghiri y Palloix, Christian (1990), *Imperialismo y comercio internacional. El Intercambio desigual*. Siglo XXI. México.
- Becker, J., Jäger, J., Leubolt, B. y Weissenbacher, R. (2010), „Peripheral Financialization and vulnerability to crisis: a regulationist perspective“, *Competition and Change* 14/3-4, pp. 225-247.
- De Bernis, Gerard (1971): Les industries industrialisantes et les options algériennes, *Tiers-Monde*, t. 12, n°47, pp 545-563.
- Dos Santos, Theotonio (2000): *A Teoria da Dependência: balanço e perspectivas*. Civilização Brasileira. Rio de Janeiro.
- Emmanuel, Arghiri (1972), *el Intercambio desigual*, Siglo XXI. México.
- Frigerio, Rogelio (1963), *Crecimiento económico y democracia*. Losada. Buenos Aires.
- Kassimatis, Georgios (2018), *Das inhumane Kreditregime über Griechenland*. Westfälisches Dampfboot. Münster.
- Kay, Cristobal (1991), Teorías latinoamericanas del desarrollo, *Nueva Sociedad* No. 113, Mayo-Junio, pp 101-113.
- Lapavitsas, Costas (2013), *Profiting without producing*. Verso. New York.
- Lipietz, Alain (1997), “O mundo do posfordismo”, *Indicadores económicos FEE* V. 24, N°4, pp 80-130.
- Musacchio, Andrés (2011): *Integración, acumulación y regulación: la experiencia europea de la posguerra a la crisis actual*, Tesis Doctoral. Buenos Aires. Disponible en <http://www.bcra.gov.ar/Institucional/DescargaPDF/DownloadPDF.aspx?Id=177>.
- Musacchio, Andrés (2012): “Umstrukturierung der Verschuldung und Wachstumsbedingungen: Griechenland und Argentinien im Vergleich“, *PROKLA* Nro. 168, Münster, pp. 433-454.
- Musacchio, Andrés (2013): “El ajuste: origen de la crisis europea”, *Problemas del Desarrollo*, 173 (44), pp. 79-104.
- Musacchio, Andrés (2018): Neomercantilismo y financierización: dos variantes diferentes y asociadas del neoliberalismo, XVI Jornadas de Economía Crítica, León.
- Prebisch, Raúl (1964), Towards a new trade policy for development. Report by the Secretary-General of the United Nations Conference Conference on Trade and Development. Ginebra.
- Rapoport, Mario y Colaboradores (2005), *Historia económica, política y social de la Argentina*. EMECE, Buenos Aires.
- Real, Juan José (1968), *Lenin y las concesiones al capital extranjero*. Jorge Alvarez. Buenos Aires.
- Reis, José (2018), *A economia portuguesa. Formas de economia política numa periferia persistente*. Almendina. Coimbra.
- Sen, Amartya (1999), *Development as Freedom*. Alfred Knopf. Nueva York.
- Todaro, Michael y Smith, Stephen (2006), *Economic Development*. Pearson. Essex.